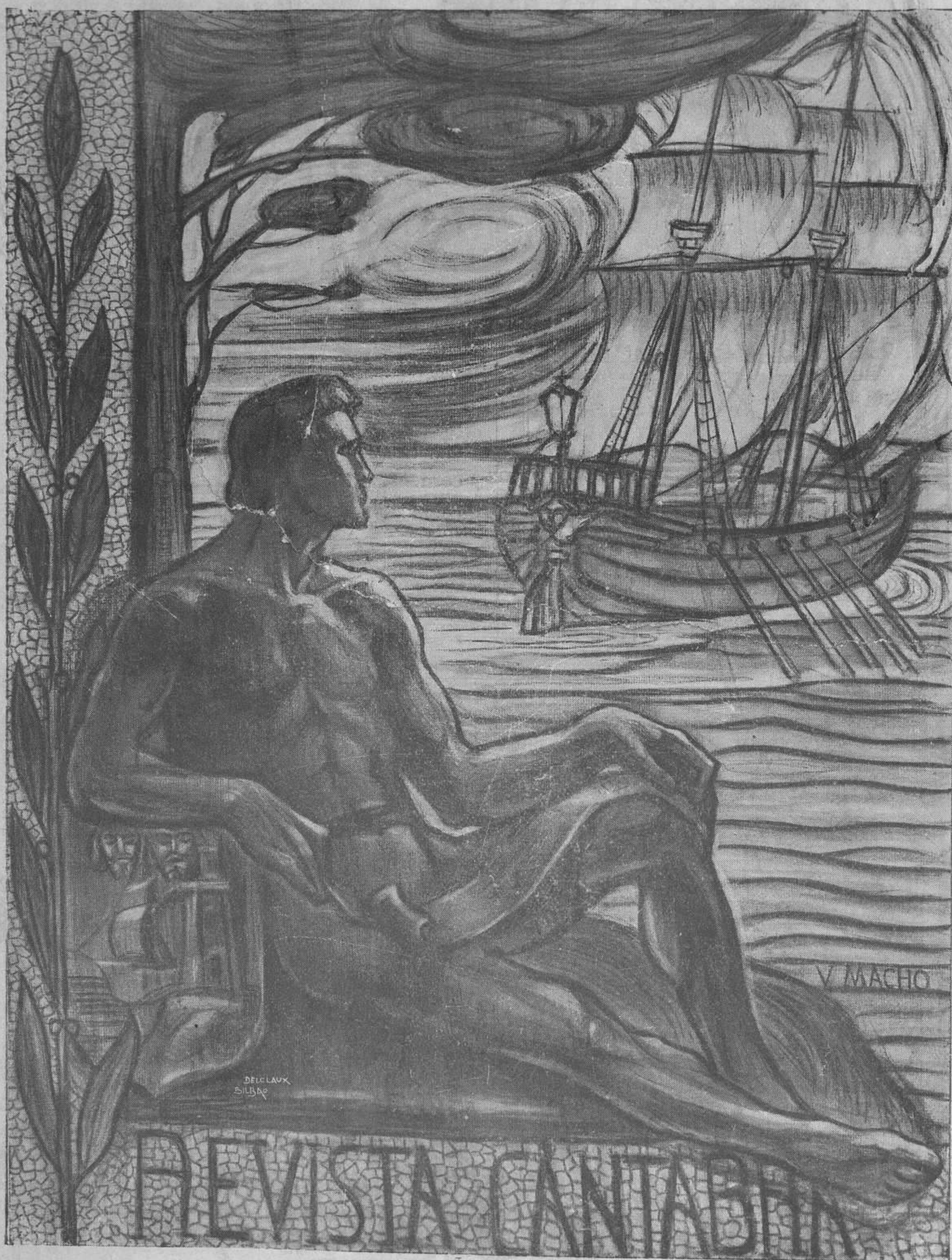


Santander 28 de enero de 1911

Número 159



LA COJA DEL MACHICHACO

Novela por FERNANDO SEGURA

Precio de este número: 20 cénts.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"
PROPIETARIO
BALDOMERO LANDA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES
ANÍS UDALLA | ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO
DE LOS CONOCIDOS

PARA DETALLES
JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID
La Perra Gorda

CREMA POPULAR

PARA CALZADO Y CUEROS

SOCIÉTÉ DES CIRAGES FRANÇAIS SANTANDER

Caja: 10 céntimos

VIUDA DE EGUÍA

CASA FUNDADA EL AÑO 1844

Confitería y repostería. — Elaboración especial de chocolates. — Gran fábrica de velas de cera. — Ceras puras procedentes de Egipto y Andalucía.

Fábrica: Plaza de la Esperanza, 5

Despacho: Calle de Atarazanas, 13

SANTANDER

Enfermos del estómago é intestinos,
tomad siempre el

AGUA DE

HOZNAYO

LA MEJOR

AGUA DE MESA

Revista



Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander 1,50 ptas. trimestre
En el resto de España 2 » »
En el extranjero 3 » »

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.
Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven
los originales.

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS



Fernando Segura

LA COJA DEL MACHICHACO

Novela por Fernando Segura

Sopla que sopla, agitando el aventador nerviosamente, esta nuestra apreciable coja se ganaba la vida en los días invernales asando castañas á la faz del pueblo. Era simpática la moza, dueña y señora de un caudal de juventud alegre y saludable, que se sabía administrar muy á conciencia. Genia se llamaba, ó la llamaban, mejor dicho, que era Eugenia su nombre verdadero. Y si en el papel impreso se ha hablado mucho, demasiado quizás, de tantos genios, hora es de que se hable también de alguna Genia. Bien lo merece la interesada, que nunca lo fué ciertamente, pues por un par de más ó de menos, jamás se le fueron los compradores disgustados. Genia, «la Coja del Machichaco», tenía ya, tan joven, en la historia de su vida un episodio sangriento. Ella fué de aquellas víctimas á quienes alcanzó la lluvia de hierros candentes y retorcidos en el momento terrible en que un barco lanzó al espacio todo el contenido de su vientre... A veces, cuando contemplaba la humilde castañera el chisporroteo de su hornillo, cuando avivaba el fuego, cuando tajaba la piel lustrosa de las castañas, se quedaba pensativa, fijos los ojos, pálido el semblante, inmóvil como una mascarilla su fresca y expresiva fisonomía, y era que por su memoria pasaba el triste recuerdo de todo aquello que la ocurrió; de aquellos sufrimientos horribles, de aquel desgarramiento de su carne, de aquella forzosa amputación de su pierna izquierda, de aquel retorno á la salud con la pena de haber perdido algo de la gentil figura, de la arrogancia y la esbeltez que contemplaban antes codiciosos los hombres jóvenes de la marinería. ¡Quién querría ya, con delirios de amor loco, á la pobrecita coja, condenada á balancear las mórbidas redondeces de su cuerpo sobre dos rígidas muletas!...

Ella se desvivía por dar palique á los solteros. Pero al cabo, los muchachos se alejaban para ir en busca de sus novias, y Genia se quedaba allí, quieta, contrariada, prisionera de su desventura, agitando nerviosa el aventador y ahogando en alguna carcajada la envidia que le daban al pasar, presumiendo y taconeando ante su puesto, las muchachas íntegras. ¿Podría ella permitir que el fuego de un cariño penetrase en su interior? No se abanicaría en caso tal con el soplador el pe-

cho, por si la lumbre interna le cundía y le subía el calor hasta la sesera. Combustible para el amor, sí había en su alma generosa y decidida, repleta de cariños contenidos por la falta de una aplicación honrada y digna... Ya aquel pescador, Tomás, que á menudo se detenía á darla conversación, había advertido en Genia que tenía fuego á bordo... Pero comprendía la pobre que había que achicar y eran los ímpetus del querer lo primero que achicaba.

—¡Geniuca, que te quemas!—se había dicho ella á sí misma, al ver que insistía en sus pláticas. Tomás, que en una ocasión le espetó de sopetón esta diablura:

—Despréndete de una muleta y cuenta con mi brazo pa apoyarte...

—¿Para todas las idas y venidas?..

—Para todas... ¡Pues hacerte la cuenta que tiés perro!..

* * *

¿Pero á dónde iba la Genia por semejante ruta? ¿Cómo iba á soportar, inválida, impedida, el trajín de una casa llena de chiquillos revoltosos? ¿Con qué agilidad, con qué presteza iba á responder á las exigencias de un hogar pobre, á los menesteres de la vida matrimonial, á los quehaceres de una madre cariñosa que lleva sobre sí el peso de una familia? ¿Quién iría al río, quién á la compra, quién asear la vivienda, quién podría correr escalera abajo cuando el más chiquitín de los pequeños rodase por ella hasta el portal, según es uso y costumbre de los aprendices de la vida, caballeritos impacientes del moco y del coscorrón?... No. Ella no servía para el santo yugo.

—¡No te fatigues!—dijo á Tomás—¡A mí me está vedado ese camino!...

Y se quejaba luego de que no la había llevado la explosión la pierna solamente. ¡Le había llevado también las ilusiones!...

Tenía la Genia un primo, Tinón, padre de una prole tan desmedrada como levantisca, y esposo de una infeliz mujer en quien había clavado su garra cruel una mortal dolencia. Se agravó la enfermedad y en la casa del pobre pescador todo era desorden y tristeza. El hambre estaba allí, refugiada en las viviendas de la corralada, todas

ellas empavesadas con un telégrafo, ya que no de banderas, de trapajos recién lavados. Pendían de los balcones, de las ventanas las ropas zurcidas y vueltas á zurcir, llenas de pegotes y de remiendos, acabaditas de traer del río por las mujeres infatigables. El río, el lavadero, proporcionaba á las comadres muy gratas horas de crudo parlamentarismo, de difamación á voces, de murmuración á gritos, de disección cruel de las honras, de una lluvia torrencial de las más estupendas calumnias. La higiene se había asociado á estas sugestivas distracciones para crear entre las mujerucas muy saludables hábitos de aseo.

Allí, en aquella corralada, estaba el hambre, debilitando los organismos, poniendo á los hombres perezosos, excitando hasta la agresión la irritabilidad de las mujeres; llenando de lágrimas y de chichones, por efecto del mal humor de los mayores, los ojos y las coronillas de los pequeños. Allí estaba, escondida, refugiada, disimulada, oculta, entretenida con la frugalidad de unos alimentos insustanciales, distraída con los mendrugos escasos y con las legumbres tasadas. El arenque era allí un manjar selecto...

Había, sí, algún auxilio para los pobres... Unas señoras, unos caballeros, de porte distinguido, llegaban de vez en cuando, penetraban en las bodegas, en los sotabancos, en los zaquizamies, donde la miseria se escondía entre húmedas paredes á media asta. Eran los señores de la Junta, que dejaban siempre algún socorro, bonos de pan, de legumbres ó de leche, y que no solían atender las interminables retahilas en que las pobres mujeres relataban sus amarguras. Estaban aquellas buenas personas tan acostumbradas á ver desdichas, que sus rostros apenas se alteraban ante los más tristes cuadros de la inopia. Llevaban una sonrisa como clavada en el semblante, y recomendaban la santa paciencia, la confianza en Dios que, aunque esté apretando toda la vida, ahogar no ahoga.

Tinón se albergaba en un piso lóbrego de la corralada. Sus vástagos mayores vagaban por el patio, por los portales, arrastrando al chiquitín, ó dejándole sentado junto á las paredes, hasta que perdía el equilibrio y se daba un coscorrón, que le engolfaba en una sesión de berridos y de lágrimas bien mezclados con los ayes lastimeros y con los hipos del sollozo. Al oírle,

—¡Que es el mío, Agustín, que es el mío!—decía á Tinón la madre, gastando con el susto parte considerable de los restos de sus casi agotadas energías.

Tinón, que solía estar junto al balcón atando anzuelos, ó haciendo otros menesteres propios de su oficio, estiraba el pescuezo, sacaba su cabe-

zota por un vidrio roto, y decía gravemente:

—¡No es el tuyo!

—¡Que es el mío, Agustín!—insistía la enferma, y un golpe de tos ahogaba la voz en la garganta de la física.

Tinón acudía á incorporarla, la recogía con una arpillera inmundada los escupitajos, y la reñía al fin, cuando ella caía inerte, rendida por el esfuerzo.

—¡La necedá na más! ¡Recongrio, que te he dicho que no es el tuyo!...

De la calle subía la nota aguda de los gritos de un muchacho:

—¡Madre! Qué Chelín sangra por el hocico!...

* * *

Un día, como tantos otros, una señora entró en la vivienda. Venía fatigada y pidió una silla. Hubo de conformarse con la esquina de un viejo arcón, donde posó su humanidad, bastante desarrollada. Entabló conversación, más sobre el alma que sobre el cuerpo de la enferma. Pronunciaba frases de esperanza y de consuelo. Hablaba con suavidad, con cariño, recomendando la paciencia. Tinón la escuchaba en silencio, con su boína calada hasta las orejas, en pie, con las manos hundidas entre la cintura del pantalón y la camiseta amarilla de bayeta, con la mirada fija en una pata de la cama donde agonizaba la Joaquina.

Abajo, en el patio, esperaba á las señoras la elegante niña mayor de esta dama que visitaba á la moribunda. Habían dicho á la joven que no subiera, que había físicos. Las chiquillas mayorcitas de la corralada se fueron aproximando á la señorita, sorbiendo con sus naricillas ansiosas el perfume que la joven desprendía. Se aproximaban con cierta cautela, hasta que la señorita sonrió á una.

—Y tú ¿cómo te llamas?—la preguntó.

Todas entonces rieron, increparon á la interrogada y rodearon resueltamente á la elegante.

—Se llama Petra,—dijo una chicuela;—pero nosotras la llamamos la Mocosco!...

Y rompieron á reír, retorciéndose al carcajear, todas aquellas muchachucas.

—¡Esto es oro!—dijo luego una chiquilla, tocando á la niña rica una pulsera, de la que pendía una reluciente libra esterlina.

—Oro, sí,—dijo orgullosa la señorita.—¿Cómo brilla, verdad? ¡Vale muchos cuartos!...

—¿Quién te lo dió?

—Mi papá, el día de mi santo. Yo tengo un papá que me regala muchas cosas. Mirad estos pendientes. ¿Veis? ¡brillantes!

—Cómo relumbran!—exclamó una chiquitina.

—¡Ahora veréis qué sortijas!...

La jovencita se quitó un guante y tendió la mano á las chicuelas. Unas manitas sucias, escuálidas, amoratadas por el frío, se apoderaron de aquella otra suave, perfumada, carnosa, sonrosadita, redondeada por la abundante nutrición y engalanada con anillos primorosos. A la joven complacía aquella admiración de la infantil pobreza. Las exclamaciones de asombro la hacían reír, y cuando las manecitas flacas la acariciaban el manguito, con una delicadeza de que no tenían noticia las pieles de los gatos de la corralada, se animó á seguir encareciendo los diversos componentes de su atavio...

—¿Este mansón? Yo le escogí... ¡Si viérais qué calentitas están las manos aquí dentro! ¡A mí no me salen sabañones!

—¡A ver!... —Entre el raso del forro se deslizó rápida la mano inquieta de una chiquilla desarrapada.

—¡Que me lo manchas! —gritó la señorita toda alarmada, apartando de un empujón á la atrevida. La pequeña, avergonzada, se retiró sin decir palabra, inclinando su cabecita y lanzando unas miradas recelosas, con la barbilla pegada al pecho y el morruco encogido. Se ocultó en un portal y allí se puso la tonta de ella á sollozar como una simple. Sus insignificantes convecinas se rieron del llanto, pero se apartaron cautamente algunos pasos de la enojada señorita.

—¡A sobar lo vuestro! —dijo ésta con acritud. Bajó la mamá, limpiándose los labios con el pañuelo, y al salir al aire libre se estremeció ligeramente, puso un gesto agrio, se apoyó un breve instante en la pared y arrancó á la garganta unos salivazos. Pero se impuso á sus ascos, tranquilizó á su hija y saliendo con ella fuera, á esperar á otra dama que había subido á la guardilla, dijo con la faz alterada y con los ojos húmedos: —«¡Todo sea por el amor de Dios!... ¡Ay, hija! ¡Qué gente más sucia!»

—¡Eso digo! —apuntó la joven, haciendo un mohín de desagrado, encogiendo la naricilla, taconeando con gentileza y avanzando á prisa hacia la salida de la corralada.

* * *

Eso pasó un día... Al atardecer de otro, muy próximo á este, la luz se había alejado de aquel rincón de la ciudad á hora temprana. En la oscuridad del crepúsculo invernal, la Joaquina se quedó sola. Según la frase de Tinón, «la ahogaba la grillera»... La había dicho el hombre que «alguardase» y se había ido éste allí cerca, donde Pepillo, á volver á contar sus lástimas, á beber y á pedir tabaco. Sin sus cigarrillos fuertes y sin su copón de rioja, Tinón no podía soportar las lúgu-

bres y frías caídas de la tarde. Joaquina, sentada en el lecho, recostada en los flácidos cabezales, inclinaba su frente calenturienta y fijaba sus ojos sin luz en la manta raída y remendada. Al mediodía, había mostrado esperanzada como nunca. Hablaba de ponerse bien y de volver á Castro, donde había pasado las primeras privaciones de su vida, donde la habían criado á biberón, con menos leche que agua. De la corralada llegaba á sus oídos una voz, que saldría de alguna bodega húmeda y sombría, de alguna de las celdas sordidas y mal olientes de aquel amargo panal de la miseria.

«Ahí la tienes, bailalá;
no la quites el corsé,
mira que no tiene otro
la pobrecita mujer!...»

Era una voz ronca la que así cantaba, voz hecha á los pregones callejeros de «¡á lo vivo y fresco á bajar!», de «¡llevar besugones, besugones!». A Joaquina le sonaba este vozarrón como una música suave, y le parecía como que veía claro en las tinieblas, que por momentos se espesaban. Se sentía ligera, ágil, como alada. En el pecho, no le atenazaba las entrañas el ahogo. A su garganta no acudían en aquellos instantes los espantos. Por su mente despejada, frescos, rejuvenecidos, como acabados de barnizar, iban desfilando los recuerdos. La vuelta de las romerías, en los años risueños de la juventud alocada y juguetona; aquel jubiloso retorno en las noches serenas del estío, cubierto el cielo de estrellas, temblorosas como labios de fuego que hablasen allá arriba de amor por vez primera... ¡Qué claro aparecía todo esto ante los ojos del alma de la enferma! En sus oídos, libres ahora del insufrible ruido de resaca de las horas de sofocación y de angustia, resonaban otra vez los cantos de camino, los sonos que encerraban una malicia ó una confesión, una ingenuidad ó alguna punzadora malquerencia; y más ruido que ninguno le metían dentro, al modo que los tiples se destacan entre las notas graves del canto llano, las canciones que ella disparaba á Agustín cuando empezaba á cortejarla poco menos que á bufidos...

«Te quiero, marinerito
te quiero si tú me quieres...
Si vas á casarte pronto
aquí traigo los papeles...»

Después le resonó bajo el cráneo el bullicio de la prole, de toda la chiquillería hambrióna que ella había ido escupiendo sobre la superficie de la tierra, y que ahora dormía allí, en aquella atmósfera pesada de habitación de enfermo... Y todo ello, cantos de romerías y gritos de criaturas, con las estrellas temblorosas y las líneas blancas de los caminos reales, con los barullos

de Puerto Chico y las curdas soñolientas de Tinón y el pandereteo de las noches de regocijo y las controversias estruendosas del lavadero, todo ello, fuese movimiento ó fuese ruido, flotaba en un ambiente luminoso, como si en el mísero zaquizamí se hubiese inflamado el aire, surgiendo las figuras ante la moribunda como surge una imagen policroma del fondo dorado á fuego de la hornacina. Esta luz intensa, reflejos de luna ó resplandores de astro, empujaba hacia adelante á las siluetas del recuerdo, que en aquel ambiente llameante andaban danzando con ese delirio con que bailan y galopan átomos y moléculas, pelusillas y crepúsculos en un rayo de sol del mediodía...

«Aquí traigo los papeles...»

La estela cadenciosa de esta canción, la cola de este fugaz cometa del sonido, el dejo de esta copla callejera, regalo del oído moribundo, se perdió en el más absoluto de los silencios, como se desvaneció la intensa claridad en las tinieblas más profundas. Con la audición y la visión de un último delirio, la vida de la pobre pescadora había terminado. Joaquina quedó tendida sobre el viejo colchón prensado, sobre las almohadas flácidas, con la cabeza caída hacia atrás, apoyada en los hierros oxidados del lecho mísero. Fría la encontró Tinón cuando regresó «enrrojecido», como él decía, de la taberna de Pepillo, tambaleándose un poco, y luchando á chupadas con el amarrao para sacarle, quisiera ó no quisiera, un hilillo del humo ceniciento...

* * *

Días después, trabajosamente, balanceándose sobre sus muletas, metiendo más de una vez las conteras de caucho entre los agujeros de los pedanaos, la Genia subió á la casa de Tinón. Los chiquillos estaban todos junto al balcón, sentados en el suelo, guardando cierta compostura, sin duda porque el soplo helado de la muerte, al mover los trapajos colgados de los clavos y las telarañas pendientes de los rincones, había enfriado también las alegrías de los pequeñuelos. Todo el luto de la familia consistía en un pañuelo negro con que se abrigaba el pescuezo el pobre viudo...

—Tinón,—entró diciendo la Genia.—No te acongojes. Impedida y todo, yo me las he de entender con esta tropa... Y no me lo agradezcas, ¿eh?—añadió sentándose en el arcón.—Quiero yo hacer ensayos, á ver si sirvo para manejar una familia. ¡Que cualquier día se puede terciar que haya alguno que me quiera!

—Prima Genia,—díjola Tinón:—tienes muy buen corazón y sabes lo que es el sufrimiento,

—De día, aquí me tendrás. De noche iré á cuidar de madre; pero te los dejaré acostados...

—Harás una caridad... Vestírmelos, y lavármelos alguna que otra vez. Hacerles las sopas... Atizarles bien cuando se peleen... Esto no será para tí mucho trabajo.

—Tinón, probaré. La voluntad algo puede que me ayude...

—¡Tú eres buena, Geniuca; tú eres buena!..

La Genia dejó á un lado sus muletas, llamó á los chiquillos, sacó del bolsillo de su delantal un puñado de castañas pilongas y dijo á la tropa:

—¡Al mejor, tres; al peor, ninguna!

Los hijos de Tinón se sacudieron la tristeza y rodearon á la Genia, con toda la algazara necesaria para entretener al mascarón del higuí en los Carnavales. El chiquitín, que no se podía acercar sino arrastrándose, comenzó á lanzar agudos chillidos. De pronto, el peso de la cabezota le venció y cayó del lado izquierdo, dándose un coscorrónico, que le hizo elevar el tono de sus gritos. Tinón, en el fondo de la estrecha cocina, colocaba sobre las brasas un trozo de raba de pulpe.

—¡No le hagas caso... es un llorón!—dijo á la Genia.—¡Yo, hasta que no se mate de verdad, no le socorro!...

* * *

Grave era el compromiso. ¿Y qué? La Genia, coja y todo, conservaba en su espíritu investigador y aventurero, reminiscencias de las almas intrépidas de los conquistadores. Puede que algún antepasado suyo figurase entre los resueltos tripulantes de cualquier carabela. Su papel de ángel protector, bien comprendía la Genia que requería el auxilio, ya que no de unas alas de gorrion, sí, por lo menos, de unas ágiles piernas de muchacho, que la llevasen con prisa de uno á otro rincón del tabuco. Ella no tenía noticia de las sentencias de los místicos, que de haberla tenido, se hubiese repetido una y otra vez que todo se alcanza con la paciencia, incluso aquello hasta donde no llega la mano. Ya la había dicho Tomás, al calorillo del fogoncejo de hojalata, que sus ojos tenían imán, de modo que con pasear la mirada por la vivienda, se le vendrían á la mano las agujas.

Por fortuna, era bien reducido el espacio que había que recorrer para tragar por la morada de Tinón. El cuartuco donde había muerto la Joaquina imponía á los habitantes de la angosta vivienda. Allí no se entraba para nada. Era donde se notaba más el olor molesto de los desinfectantes. El lecho mortuario, único resto de las adquisiciones que se hicieron para la constitución de

aquel hogar, se lo había llevado por unos reales cierta prenda, que le había de poner como nuevo, sin advertir á la futura esposa que le fuese á buscar, en un previo ojeo para la caza de gangas, que allí había muerto una física.

Sabía muy bien la Genia, sentada, prolongar el radio de acción de sus manos hasta donde se lo permitía la longitud de sus muletas. Las cuales, asidas con vigor y blandidas con coraje, ya habían alcanzado más de una vez, en una rápida, brusca, inesperada intervención, á los chiquillos traviesos que se atrevieron á hurtar un puñado de castañas á la coja. ¡Ya se las bandearía como pudiera, sin encogerse ni amilanarse por los pesimismo indiscretos de la vecina del sotabanco, una «metete» que al verla de ama de casa, haciendo un ensayo general de sus peleas con la menuda tropa, la dijo, subiendo por la escalera con el pescuezo torcido bajo el peso de la herrada:

—¡Genia, hija! En buen trajín te has metido. Mejor te fuera sentada en la puerta de Santa Lucía...

—¡De méndiga no tengo nada!—replicó enojada la impedida, requiriendo sus muletas y poniéndose en pié á prisa.

—¡No te enfades, mujer! Es que pa tí se han hecho las ocupaciones descansadas...

—¡Serás tú la que ha nacido para canóniga!

—¡Oyes! Que no soy yo la que te falta... Que de ser es la pata izquierda...

—¡Regálame tú una de las cuatro que conservas!...

—¡Pelea, pelea con chiquillos, que tú has de ver qué carácter se te pone!

Y desde la barandilla del guardillón la vecina lanzó á Genia una mirada de lástima, siempre con el pescuezo torcido bajo el peso de la herrada, con el gesto de sufrimiento y de resignación de quien va cargado con exceso. No pasó á mayores el incidente... La Genia se quedó en el descansillo, elevando provocativa su mirada. Le habían sabido á rejalgar los dichos de la vecina, que se internó en el sotabanco, diciendo en alta voz:

—¡Jos, hija! ¡Ni una buena voluntad se le puede tener á nadie!...

... Conque la Genia se metió en harina. A Tinón le venía de perlas el auxilio de su parienta.

—¡Cosas de la vida!—solía decir en la taberna de Pepillo.—Mirar por donde, con toa mi fuerza pa remar, me ha tenido que remolcar á mí una coja...

Los compañeros se permitían ciertas malicias... Le decían que no se descuidara, que ¡vaya

una jamba!, que ¡á ver si luego había que pedir la dispensa al Papa!

—¿Mi prima?—contestaba él.—¡Estáis lucidos! Incienso es pa mí el aliento de ella... Y yo no soy de los que asaltan lo sagrado... La veo cara á cara, dándole las sopujas al chiquitín, y pa mí como si estuviera en el presbiterio... Además, ya tiene su pensamiento puesto en quien de veras se la merece...

—¡Es un bocao! Pero ¿quién se lanza á la mar con esa lancha, que no tiene más que un remo?

—¡Bah! ¡Tiene ella en la voluntad más pujanza pa correr que una gasolinera!...

La brega de la coja era para fatigar á una mujer de bronce. La Genia madrugaba; poníase sus vestidos con algún trabajo, aunque ya tenía ella dominados todos los equilibrios aplicables al caso; sentábase en el suelo, y á la luz de un candilucho de petróleo, humeante y mal oliente, partía á golpes de hacha unas astillas. En un hornillo de asar castañas, último destino de una lata de petróleo, que ya había tenido varias aplicaciones en la casa, hacía lumbre, dándole al aventador con energía, y en un pucherete calentaba el café para su madre. La vieja, rendida por los accesos de la tos, á estas horas del amanecer dormía. Oíase su respiración fatigosa, un ruido como el que se siente cuando á cierta distancia trabajan sin descanso los aserradores. Genia, ya caliente la infusión, vertía en una taza rajada de barro vidriado, y arrastrándose como podía, apoyando la una mano en el tillado carcomido y echando el cuerpo hacia adelante, se llegaba hasta el lecho de la vieja, que poco más de un palmo levantaría del suelo.

—¡Madre!—la decía sacudiéndola suavemente.—¡Madre, espavile!...

La vieja despertaba, tosía, intentaba incorporarse, y crujían á la vez sus huesos y los hierros oxidados de la desvencijada cama. Parecía que alguien revolvía allí un montón de chatarra. Por último, en un esfuerzo decisivo, sentábase la anciana, asía temblorosa por los bordes el tazón y empezaba á tomar sorbo á sorbo el contenido, entre accesos de tos y paréntesis abiertos en la absorción por la fatiga.

Luego la Genia se recogía el pelo abundante y negrísimo bajo un gran pañuelo, que ceñía á la cabeza con cierta coquetería, dejando caer airoso por detrás dos de sus puntas. Arrollábase en seguida un mantón deslucido á la cintura, se calzaba el pie superviviente y apoyándose en sus muletas, alzábase del suelo y entraba en breve conversación con su madre.

—Me voy onde Tinón... Si no quiere, no se levante. La Rosario subirá por si algo la ocurre. Ella le calentará ese pescao que queda ahí fri-

to... Con Dios y tápese...—Apagaba la luz y se iba... Trabajosamente, tentando con las conteras de caucho el borde desgastado de los peldaños, descendía por la oscura escalera. Se detenía en el portal, se santiguaba y se lanzaba á la calle. En ella, la luz del día la saludaba á veces sonriente. Otras, la lluvia la maltrataba sin compasión, haciéndola inclinar la cabeza como para arremeter contra la intemperie. Entre la gente marinera, con la costumbre de embestir contra los mares, esto de arrostrar la lluvia es cosa pueril. Y sangre de pescadores corría por las arterias de la Genia.

* * *

—¡Tinón, á la mar!...—Esta voz despertaba al viudo mucho antes de despuntar la aurora. En otros tiempos, la Joaquina, vigilante, oía los primeros gritos de las mujeres y los chiquillos que llamaban á los pescadores; los oía á lo lejos, y decía esa misma frase:

—¡Tinón, á la mar!

—Que no llaman entoavía!

—¡Que sí llaman!

Se levantaba malhumorado el hombre, se vestía entre interjecciones y tropiezos, alborotaba buscando el cestuco, y cuando iba á salir:

—¡Que no han llamado! repetía.

Se oía entonces el grito agudo, que se limita ya al nombre del pescador, y que era antes el típico ¡apuya!, y Tinón, abriendo la puerta de la escalera, murmuraba, indefectiblemente:

—¡Lo que digo, que tiés oídos de física!

A esas horas tempranas, en el silencio de la noche, había sido Tinón profeta en su tierra...

Los cinco huerfanitos despertaban pronto. El hambre es muy madrugadora. Cuando la Genia llegaba, ya de día, los chiquillos andaban medio desnudos por la casa. Buscaban los zoquetes de pan que su voracidad había respetado el día anterior. Los restos de la cena del padre, que él mismo se condimentaba cuando arribaba al hogar, bastante desgastado por las repetidas libaciones y por tal cual tajadita que siempre caía á tiempo en el estómago; los residuos de un trozo de congrio ó de unos pedazos de pota ó de algún otro manjar poco apetitoso, eran devorados por la chiquillería, cuyos afanes calmaba la presencia de la Genia, que hacía pronto el almuerzo, y que enviaba á la niña mayor á buscar pan tierno, si no quedaba algo de la torta ó del «civil» puestos el día anterior á buen recaudo, fuera del alcance de las manos codiciosas.

—¡Tía Genia! ¡tía Genia! ¡tía Genia!—decían los pequeños alborozados en cuanto oían la voz algo enronquecida, pero bien timbrada y pene-

trante, de la coja, que en entrando por el pasadizo se dejaba sentir con el motivo más fútil.

—¡Que nos helamos todos, señá Ramona!—exclamaba en alta voz dirigiéndose á cualquier vecina que á la sazón salía desaliñada y tiritante. —¡Que á mí me tiemblan de frío hasta los andamios!...

Y respondía á estas frases el coro angélico de las alturas:

—¡Tía Genia, tía Genia, tía Genia!

Por los cristales rotos asomaban los chiquillos sus cabecitas, abriendo mucho las bocas para pregonar su júbilo.

—¡Callar, pecaus! ¡Quitaros de ahí, que vos vais á cortar con los vidrios!

Los chiquillos, sin dar importancia á las crueldades de la intemperie, invadían la escalera y bajaban hasta el portal, descalzos, con sus camisitas remendadas y desgarradas por todo abrigo. El chiquitín, á gatas, llegaba por el estrecho pasillo hasta el umbral de la puerta, y allí se detenía, ante el abismo de la escalera, llorando á moco tendido.

—¡Qué se va á matar Chelín!—gritaba la Genia.

Y acudían todos, escalera arriba, á contener las impacencias del pequeñuco.

Los ensayos llenaban de halagüeñas esperanzas el ánimo de la Genia. Sí; iba notando que servía para dirigir el cotarro de un hogar lleno de traviesas criaturas. Las dificultades se vencían, los inconvenientes propios de su cojera no eran tan graves como creía ella cuando nadie se le había aposentado en el corazón, rebosante ahora de ternuras. Los chicos mayores de Tinón, no era cosa mayor la guerra que daban á la suplente de Joaquina. Chelín, el pequeñito, el que tampoco se las podía valer, el que se asomaba á gatas á la puerta de la escalera, el que á veces se lanzaba por ésta sin reparar en que faltaban á la barandilla algunos balaustres, era el temible. Librarle de los riesgos en que le ponían sus imprudencias infantiles era todo un trabajo. Un día arrastró el cuitado una silla que padecía del mismo defecto que la Genia; empujóla hasta el balcón, trepó como pudo á ella, y echando como el propio Tajo todo el cuerpo fuera, se puso á llamar «malicas» á los chiquillos que jugueteaban por la corralada.

Un minuto que así permaneció fué una tentación que pudo rehuir y arrostrar impertérrita la desgracia. Era cosa de creer entonces que un hilo misterioso ataba al chiquillo al hueco del balcón, como si desde el fondo del hogar alguna fuerza oculta le retuviese, le atrajese, le salvase. Estaba igual que esos polichinelas de dos jibas que vemos en los escaparates de las jugueterías

con los brazos abiertos, en actitud de tocar los platillos, con el torso doblado, y sostenidos en la pared, á cualquier altura, por algún ganchillo clavado en la joroba de la espalda. Así sorprendió á Chelín la Genia, al volver el rostro hacia el balcón, cuando calentaba unas sopas en lo hondo y tenebroso de la cocina. La Genia dió un grito, soltó el aventador, buscó ansiosa las muletas, tomolas temblando del rincón donde se hallaban, y colgándose de ellas por los sobacos, se precipitó hacia el chiquitín, gritando horrorizada:

—¡Bájate, bájate, que te matas!... ¡Hijo de mi alma, que te matas!...

Volvió la cabeza el chico, gritó «malica» otra vez y cayó en poder de la Genia, que por las ropas, soltando una muleta, lo agarró y lo arrojó al suelo, ahuyentando á la desgracia, que ya estaba si se dejaba tentar ó no se dejaba... El chiquillo rompió á llorar, y la Genia, con el ahogo del susto, intensamente pálida, mirando al pequeño con ojos espantados, decía santiguándose:

—¡Hoy ha nacido este canalla!... Como si no, porque hoy le voy á matar, ¡le voy á matar!...

Y le amenazaba con el borde de la mano, como si le quisiera aterrar con el anuncio de una trágica muerte á machetazos. El chiquillo, entre mocos, lágrimas y congojas, la llamó otra vez «malica»...

* * *

Repuesta del susto, le Genia sintió halagado su amor propio por el rápido salvamento que había llevado á cabo. Ya no cabía la menor duda: sin su llorada pierna, ella podía estar en todo. Si al cabo se unía á Tomás y los frutos de bendición iban viniendo, se las podría arreglar perfectamente. Ya pensaba ella que le sería imposible adormecer á un crío llorón paseándole en brazos por la casa al compás de las coplas en uso...

«...Déjame, niña, tu cama,
que quiero dormir en ella
el sueño de la mañana.»

Pero le dormiría sentada, abrigándole en su regazo, y echando la silla baja hacia atrás y hacia adelante, convirtiéndose ella misma en una cuna bien calentita de carne palpitante. Ya en condiciones el crío de atravesar el carrejo usando á la vez de los cuatro remos, para rendir el debido culto á la memoria de nuestros remotos antepasados; ya el vástago decidido á explorar por sí mismo los rincones de la casa, la Genia estaría siempre al cuidado, y en caso de caída, de coscorrón, de riesgo ó de cualquier otro incidente algo alarmante, como un peón al quite, acudiría ella en socorro del hijuco. ¿No se había probado ya la ligereza de sus movimientos en el

caso de Chelín? Pues los sesos del chico de Tinón no se habían esparcido sobre los guijarros de la corralada, por la agilidad de la Genia, que se desvivía por sus sobrinos, en aquel ensayo general de sus aptitudes para la maternidad hacendosa y solícita. ¿El río? Estaba ya dominada esta labor. Con que hubiera quién la llevase y trajese las cargas de ropa, la Genia sabía adosarse al borde del lavadero, y restregar bien los trapos, sin el apoyo de la madera. Claro que una chiquilluca, para algunos menesteres, como el subir la herrada y el hacer algún que otro recado, vendría de perlas á la Genia, pero esto no la había de preocupar, pues sobran en Puerto Chico muchachas dispuestas á prestar estos servicios á cambio del alimento. De la cocina no había que hablar: la Genia, sentada junto al fogón, teniendo todo á mano, capaz era de preparar el mismísimo festín del día de la boda. ¡Que hubiera mucho qué guisar era lo que había que pedir á Dios, según el particular criterio de la coja!...

Cuando los chiquillos de Tinón corrían por la casa sin darse un coscorrón en todo el día; cuando salían á la corralada con sus delantales bien remendados y bien limpios, lavados á diario en la piedra de fregar y colgados al sol entre los demás trapajos; cuando la Felisuca, la niña mayor, se iba á la escuela muy peinada por su tía, con un lacito en el pelo que la Genia le colocaba con sumo esmero; cuando las sopas de la mañana y el condumio del mediodía y la escasa fritada del anochecer estaban siempre á punto; cuando los pequeñucos se acostaban dócilmente y se dormían, uno en la cuna de mimbres y cuatro en la apolillada cama de madera, después de decir á coro, cada cual con la claridad de pronunciación que la edad le permitía:

«Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,
con la Virgen María
y el Espíritu Santo»;

cuando salía limpio los domingos Tinón, con toda la muda que el sábado, al irse para su albergue, dejaba la Genia muy doblada, muy zurcida, oliendo á frescura, sobre el lecho del marinero; cuando los contados cacharros brillaban de bien fregados al penetrar algún cariñoso rayo de sol por la alta ventanilla de la cocina; cuando sobre el tapete de la cómoda las baratijas que juntó Joaquina, y los retratos con marco de relieve y la almohadilluca que llevaba al colegio la difunta, y el estuchito cubierto de cascaritas y el San José de yeso y los dos jarroncillos de porcelana dorada con flores de papel, ocupaban su lugar correspondiente en una formación, en una parada de chucherías inútiles que obedecía á cierta simetría meditada, que no se atrevían á

profanar los pequeñuelos; cuando no quedaban en la casa de Tinón ropa por zurcir, botón por pegar, desgarrón por coser, remiendo por aplicar, mugre y roña por rascar y moco por recoger, llanto infantil por enjugar, telaraña por destruir, mueble por desengrasar y deficiencia doméstica por corregir ó por atenuar, la Genia llamó una tarde á la vecina del sotabanco.

—Entre pa acá, mujer, que aquí no se come gente...

Y entró curiosa la mujeruca, y viólo todo en orden, resplandeciendo el aseo en la pobreza como en la miseria brilla la santa resignación, y así que le hubo dicho la Genia que su trabajo le costaba todo aquel arreglo y la doma y amaestramiento de la tropa menuda, la vecina se la quedó mirando fija, fija, entre admirada y sorprendida, y retiró de lleno sus apreciaciones desdeñosas de la otra vez, aunque reconociendo que lo de hacendosa le venía de herencia á la impedida, para que no se pusiese muchos moños con las alabanzas. Y concretó así la visitante sus impresiones:

—¡Miá que quitarte á tí Dios una pata!... ¡Toas las que quisieras te debiera dar pa trajinar como trajinas!... ¿Oyes? ¡A los cámbaros les salen otra vez cuando se les rompen!...—agregó la mujeruca, como dando una noticia consoladora.

—¡Jósus, hija! —dijo la Genia con infantil ingenuidad.—¡Pos yo más quiero ser coja que ser cámbara!

* * *

Ahorrados tenía la Genia sus cuartucos, que no fué de aquellas «víctimas de la explosión» que se gastaron demasiado á prisa los auxilios. Con estas pesetas y los recursos que le proporcionaba su espíritu mercantil, la Genia se defendía, y su madre se iba sosteniendo en pie, al borde mismo de la sepultura. Tomás sabía de estas pesetejas, á fuerza de economía y de privaciones conservadas, y ya tenía pensado que de ellas no se destinaría ni una sola á cosas que no fueran imprescindibles. Porque el joven pescador contaba ya con la aquiescencia de la coja para la arriesgada empresa matrimonial á que la había invitado. En Puerto Chico, junto á la caseta del estanco, hablaron una tarde largamente para resolver en definitiva. Tomás se expresaba con mucho calor, pero sin sacar las manos de los bolsillos de sus pantalones de mahón, accionando con el cuerpo, que encogía y estiraba, balanceaba é inclinaba hacia atrás ó hacia adelante para dar más vigor á sus palabras. La Genia aún se resistía con razones de algún peso; mas era aquella una resistencia hipócrita, en la cual el

arte femenino del disimulo desplegaba todas sus habilidades.

—No largues toó el aparejo—la decía Tomás,—porque tú de este puerto del cariño no quiés zarpar ni á tres tirones...

—Tú vas á perder con la elección. Dirán de tí que vienes á las mutiladas porque las enteras te ponen mal gesto.

—Lo que te falta de carne y hueso, de corazón te sobra...

—Eso sí que pués aseverarlo. Pregónalo en la Almotacenía, que puede que á más de cuatro les convenga oirlo...

—Tú marca fecha, y no te fijas en los quediranes. ¿Quieres después de la costera del besugo? Yo ando ya quitándomelo de la boca, pa atender á los dispendios...

—Mayo sería mejor...

—¡Ah! ¡Luego quieres!...

—Calas tanto, que me vas sacando too lo que llevo dentro con la guadañeta... Yo, pa jefa de la casa ya he visto que serviré... Tinón lo sabe...

—Me tiene dicho que no te falta el remango... que no hay pa tí dificultades ni tropiezos... que serías tú capaz de manejar un pailebote tripulado por los chiquillos de la Inclusa. Y que iré ganando contigo, por esto y porque gastas menos que nadie en calzaos... ¿Qué va á ser ahora de los hijos de Tinón?

—Con los mayores él se queda. Los otros, á la Casa de Caridad tendrán que ir los pobretucos. ¡Eso sería una pena, que á los nuestros les sucediese otro tanto con el tiempo!

—A nadie, al salir en la trainera de la dárse-na, se le ocurre pensar en las galernas... Dios verá si nos quiere conservar la vida... Pero tú no te irás del pecho como la Joaquina... Tiés tú mucha resistencia en ese arca, y tengo yo, pa que te trates bien, mucho vigor en estos puños.

Sacó las manos Tomás de los bolsillos y se las presentó á la coja bien cerradas, como una ofrenda.

—¡Que no te hartes de mí un día y me las plantes en la cara!

—Con el soplo de tu respiración se abren ambas como flores, para el cariño y la caricia... Yo, cuando voy rema que rema pa el «Trasval» y es toavía de noche cerrao, junto las pestañas, aprieto bien los ojos y digo á los compañeros: «¡Pa mí ya amaneció, que estoy viendo entre nubes á la Genia!»

—Mal ando de alas yo para elevarme por las nubes!—objetó la muchacha, mostrando la extremidad de una de sus muletas.

—¡Es un decir fino, mujer, de esos de las funciones de teatro!...

Todo Puerto Chico veía con simpatía aquella

boda. Iba á ser sonada. A ella acudirían las pescadoras y las pescaderas, y correría el vinazo, y se vocearía bien, y saldría de los caletres alguna copla «ad hoc», del estilo castizo de aquella quejumbrosa que sacaron de su cabeza no hace mucho, con motivo de un matrimonio popular, los bardos callejeros.

«Si quieren saber, señores,
de onde venimos ahora...
¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!...
de onde venimos ahora...
Venimos de la Albericia
de la boda'e la jibosa...
¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!...»

Cuando se casó la coja, los invitados no hallaron motivo suficiente para quejarse tanto. Porque, volando con el tiempo, y dejando de andar al paso tardo de la Genia, diremos que al cabo el matrimonio se consumó, con todo el ruido propio de tan señalado acontecimiento. Ambos cónyuges se unieron con el lazo indisoluble, y no tuvieron que contar los periódicos que salieron para Bilbao á saborear las primicias de la luna de miel, porque Tomás y la Genia, adelantando una prueba de su cariño al hogar, cuando la cuchipanda se trocó en estruendosa confusión, y los invitados desfilaron cantando á voces, hallaron muy oportuno el quedarse quietecitos en su casa, aunque no esté muy bien aplicado lo de quietecitos.

* * *

Como cuando un vapor de pesca deja al pasar en el terso horizonte, flotando sobre la paz del oceano en calma, un jiron espeso de humo negro, en las horas felices del año primero del matrimonio, dejó su tizne el hollín de la desgracia, con la muerte prevista de la anciana madre de la Genia. Mas se hubiera dicho que, hinchando con los soplidos sus mofletes sonrosados, un ángel acudía á desvanecer aquella mancha negra, aquel luto esparcido bajo el diáfano cielo de la dicha. La Genia se sintió más necesitada que nunca del auxilio de las muletas, porque ya no era ella el único sér que de aquellos apoyos se valía. En sus entrañas, una vida nueva comenzaba á agitarse con las ansias de llegar á las plenitudes de la forma y á la conquista del aire libre. Y como era conveniente pasear la criatura, en las noches libres, cuando Tomás no salía á la mar, colgada del brazo de él por un lado y cargando el otro sobre la madera, recorría la Genia los muelles, hasta el Dique, muy metida en conversación con su buen marido, que conducía al hombro, como un remo, la otra muleta.

—Uno, dos y tres que vengan—iba diciendo—he de tenerlos yo como santucos. De chiquitines

les enseñaré á no apartarse mucho de su madre, y no he de quitarles ojo para que no se me lijen. Si algunos críos jibosos hay por Puerto Chico, ello es culpa de las madres, que ni les sacuden siquiera cuando bajan montados por los pasamanos. Arrogante y estirao, tan buen mozo como tú ha de ser el chiquilluco que se presente. Porque todos mis sueños de estas noches eso me dicen, y la misma resultancia dan las cartas, que me echó la otra tarde la adivinadora.

—Una engaña simples...

—A veces aciertan, Tomás... Ella me anunció la muerte de mi madre... Y ella me dice ahora que vendrá un chicarrón que dará que hacer al gremio... Empieza tú á indagar pa buscarle un agujero en un vâpor de pesca...

Iba ya á comenzar para la Genia la representación del difícil papel de madre que tan á conciencia había ensayado. La casita, en un piso bien soleado de Peña Herbosa, era un refugio del aseo: con dos ajuares pobres se había formado uno bastante regularcejo. Camas antiguas, sí, pero bien barnizadas y con todos los agujeritos de la polilla rellenos de cera; otra de hierro, repintada con esmero y adornada con calcomanías de vivos colores; las sillas de rejilla y el entredós, con su mármol, tomados á plazos, y pagados en breve tiempo; la vieja cómoda, remozada y limpia, con su tapete «de gancho» y sus cajones repletos de ropa blanca; los bien henchidos colchones de lana buena, y las mantas gruesas y nuevecitas; el lavabo con espejo, cubo, jarro y servicio de jaboneras de blanca porcelana; las colchas con colorines, las sábanas con puntillas y las almohadas prietas en sus niveas fundas, con las iniciales de Tomás grandonas y encarnadas. La alcoba conyugal tenía sus cortinajes, blancos y transparentes, y en los balcones no faltaban los visillos. Algo descomponían este aspecto agradable del hogar, las ropas de agua, de fuerte lona impermeable, arrugada y amarillenta; los artes de pescar, tirados ó colgados por la casa; las gruesas medias botas, el cestuco mugriento, á veces colocados sobre una flamante silla; algunos guñapos que pendían de las paredes y unas rabas de pulpe que se secaban y encogían al sol en el balcón de la salita. La coja, trabajando sin cesar, cosiendo pacientemente las ropitas destinadas al chiquillo, le había esperado horas y horas, sentada junto al balcón, en compañía de «Cachón», un sucio y melenudo perro de aguas. Siempre tenía junto á sí las muletas, y si el carrete del hilo se le caía y rodaba por los suelos, pesada y todo como estaba, tenía á gala cogerlas á escape, echar á andar y atraparle antes que el perro. ¡Había que repetir los ejercicios para cuando se cayese el tiernecito nene!...

—¿Ya estamos así?—la había dicho una pescadora en Puerto Chico.—¡Mal te las vas á valer, con esa desgracia que tuviste!...

—Estoy bien aleccionada, señora Josefa... Seis meses me he llevado ejercitándome. ¡Seis meses cuidando del rebaño de Tinón!... ¡Sirvo pa el caso!...

Y con esta fe en su utilidad, recibió la Genia el fruto de bendición, que llegó una noche clara, de fuerte helada, estando Tomás en la mar hablando pestes del «bou» con los demás hombres de la trainera. De vuelta de la pesca, el «Cachón», que le había acompañado, se puso á ladrar furiosamente al entrar en la vivienda. Había comprendido, quizás, que un nuevo sér le venía á privar de los mimos con que los amos le halagaban. Ejercen á veces los perros de adivinadores, sin cobrar su por qué como las mujerucas que echan las cartas.

—¿Ya, Genia?

—¡Ya!

—¿Mozuco?

—¡Mozo!

Estas frases se cambiaron entre marido y mujer, y á ellas agregó una vecina que atendía á los menesteres del momento:

—¡Un vizcainón, que ni pintao pa las lanchas boniteras!...

¿Y sabéis vosotros ya, todos vosotros los lectores, cuánto altera la vida normal de un hogar nuevo la presencia del primer hijo? Entre la madre y él se establece desde su aparición cierta confianza, pero los demás de la casa, incluso el padre, tómanle por una personita á quien no se sabe cómo tratar á punto fijo. Tomás, acostumbrado á clavar la recia garra en todo aquello que cogía; hecho á empuñar vigorosamente el remo y á oprimir las cuerdas de las redes entre los duros callos de las manos, no acertaba á tener la criatura, ni sabía bien cómo sacarla de la cuna de mimbres, obsequio de la madrina que tuvo el «chiclán» en su bautizo. Cuando el mocosito lloraba apretando los párpados y arrugando la boca, y echando humedad más ó menos pegajosa por ojos y por narices, Tomás le balanceaba, le mecía, le «arretaba», y hasta solía cantarle algún cantar, con un vozarrón de orfeonista de trainera, que llenaba de terror al pobrecillo.

«Cuando en la playa la bella Lola
su lindo talle luciendo va,
los marineros se vuelven locos
y hasta el piloto pierde el compás...»

—¡Qué no calla, Genia!...

—¡Sácale y pásale!..

Tomás le cogía, como saliéndose él de sí mismo, como inhibiéndose de su ruda personalidad. Guiñando un ojo para que no le entrase el humo

de la colilla que le pendía de su labión de belfo, abriendo mucho sus manos, casi con la superficie callosa de las palmas, levantaba en vilo al pequeñuelo, con cierto temor de hacerle daño, de oprimirle en un descuido y triturar aquellos huesecillos de calandria. Y luego lo tenía en sus brazos con la misma timidez con que un oso polar podría ponerse á tocar la bandurria.

—¡Cógemele, Genia, que no se calma!...

La Genia, que cocinaba sentada junto al hornillo, tomaba sus muletas, cruzaba el pasillo, llegábase á la salita, acomodábase en la silluca baja, dejaba muy cerquita sus incómodos sustentáculos, y echando mano á las puertas de percal de la despensa, aprestábase á obsequiar al chiquitín con una buena ración de jugo lácteo. ¡Había que ver con qué solicitud depositaba Tomás al crío, que se retorció de rabia, en el regazo de su madre!

—¡A mí que me den quintales!—decía el curtido pescador.—¡Me azaran estas cosucas tan delicadas!..

Respiraba con satisfacción, como quien sale de un apuro, y se burlaba de él la Genia.

—¡Cualquiera dirá que te han quitado un peso de encima! ¡Por unos cuarterones de criatura!...

—Mi güela pasiega fué—añadía el marinero.—Pero en jamás de los jamases quiso enseñarme á manejar mantecas!...

—¡No hagas caso, chequetín!—decía la Genia dirigiéndose á su nene.—¡Que ya le enseñarás cuando te dé la gana de que te lleve á cuchos!...

La bola avisadora de la Comandancia, los partes del vicario de Zarauz, habían traído algun sosiego á los hogares de los hombres de mar, que ya no estaban tan expuestos como antaño á ser víctimas de los temporales inesperados. Y así podía transcurrir sin sobresaltos ni graves inquietudes la existencia oscura de la Genia. La coja, salvo para los menesteres de cuyo peso la aliviaba una servicial chiquilluca, de esas parlanchinas y resabidas que traen siempre noticias de la calle, no echaba muy de menos el miembro aquel, el remo que le amputó la ciencia para salvar su vida, amenazada. Y daba gracias á Dios por aquella soltura que había adquirido en los simulacros, en los ensayos que tanto habían favorecido á la prole de Tinón en los meses primeros de la triste orfandad de toda aquella nidada de críos como diablos. Pero os hemos de contar lo que le ocurrió á la Genia, para que os pongáis lectores, en camino de lo que habéis de deducir de todos estos relatos.

* * *

Pues fué ello que el chiquitín había ya aumentado de volumen, y satisfecho de su robustez, dióse de tal modo á las incipientes travesuras, que á gatas como andaba, traía el punto revuelto el hogar con sus peligrosas inquietudes. Derribaba las sillas, tiró una vez de un mantel y causó un destrozo en la no muy abundante loza de la casa; arrojaba á la vía pública cuantos objetos podía trasportar, en sus excursiones de reptil, hasta los hierros del balcón; introducía las carnosas manos entre la ceniza que había en el agujero del fogón por donde avivaba la Genia con el soplador la lumbre, y como estuviese abierta la puerta del piso, á la escalera se iba, con una intrepidez verdaderamente alarmante. La Genia tenía que estar todo el día tras del crío, metidas bajo los sobacos las ya desgastadas almohadillas de sus muletas. Una tarde, la Genia cosía junto al balcón, y tan absorta estaba en su tarea, que no vió avanzar al chiquitín por el pasillo, ni le vió acabar de abrir la puerta, que la muchacha había dejado entornada, ni se enteró á tiempo de que el menudo y temerario explorador, limpiando bien con su delantal el pavimento, se aventuraba temerario por el descansillo. Iba el crío derecho hacia la desgracia «á fuerza de arrastrarse», como van otros hacia la fortuna. De su distracción sacaron de pronto á la Genia, —¡ay, pobre hijín de su alma!— el ruido de un cuerpo que cae, el golpe seco de un tierno cráneo que choca en la caída contra el suelo, y un

grito penetrante de la pobre criatura. La Genia, ahogando en una congoja otro de angustia y de espanto; sintiendo como si la sangre toda se le helase, irguióse rápida sobre su único pie, sin acordarse en aquel supremo instante de su cojera; y sin buscar, poseída de la turbación, el auxilio de sus apoyos indispensables, olvidada de sí misma, con la visión terrible del hijo herido clavada en las pupilas dilatadas, quiso avanzar á prisa hacia el pasillo... Triste fué la consecuencia de tan grande aturdimiento, porque la infeliz cayó de bruces, y un recio golpe que se dió en la frente, la arrebató el sentido y ensangrentó su rostro descompuesto por el susto... Y así se estrelló contra la fatalidad todo el ansia de la Genia, de correr en socorro de su hijo... En esto pararon tanto ensayo y tanta preparación encaminados á adquirir la agilidad y la presteza de una mujer solícita y cuidadosa, atenta á los trajines del hogar y pronta á evitar chichones y descalabraduras á sus criaturinas... Ello era de temer... ¿Qué mujer se siente inválida cuando peligran sus hijos?... ¡No le valieron á la pobre coja sus prácticas de aprendiz; no le valió ensayar con la ajena prole este papel de madre, que no es él, ¡que no es!, cosa de comedia ni de estudio!...

Fernando Segura

Santander, enero de 1911

Retrato del autor: dibujo de Victorino Macho



NOTAS SUELTAS

Ha sido nombrado Consejero del Monte de Piedad y de la Caja de Ahorros de Alfonso XIII, el conocido comerciante don Jaime Ribalaygua.

Gerardo Alvear, el distinguido pintor montañés, ha sido agraciado por el Ministerio de Instrucción pública, como premio á las obras que presentó en la Exposición reciente de la corte, con una comisión oficial retribuida para realizar un viaje artístico por Francia, Italia y otros países.

En la iglesia de Santa Lucía se celebró la boda de la simpática y bella señorita Justina Palacio Ortiz, hija del secretario del Banco de Santander, don José Manuel Palacio, con el bizarro oficial de Caballería don José Arce Llevada.

Fueron padrinos el padre del novio, excélentísimo señor don Juan Arce y la madre de la novia, doña Juana Ortiz.

Los invitados fueron obsequiados con un bien servido «lunch» en casa de la novia.

Después de haber permanecido una temporada con su distinguida familia, ha salido para Jerez de la Frontera el ilustrado comandante de Artillería don Jesús Quintana.

Por el acreditado comerciante de esta plaza don Pedro

Pereda, ha sido pedida para su hijo don José la mano de la bellísima señorita María de los Dolores Martínez, hija de nuestro particular amigo don Santiago M. Ochoa.

La boda se celebrará en la próxima primavera.

Ha sido pedida la mano de la bellísima señorita Isabel Balbontín para el distinguido joven don Miguel Sáinz.

La petición de mano fué hecha por el señor don Antonio de la Riva.

La boda se celebrará en la primavera próxima.

El digno jefe de la suprimida inspección de Hacienda en esta provincia, don Gabriel Cayón Martínez, ha sido nombrado administrador de Propiedades de Valladolid.

Ha salido para Burdeos, la ilustrada maestra superior señorita Pepita Rojas, con objeto de ampliar sus estudios en aquella capital.

Por su valiente comportamiento en la toma y ocupación de Atlaten, le ha sido concedida la cruz roja del Mérito Militar, pensionada, á nuestro querido amigo, el ilustrado oficial del Regimiento de Valencia don Manuel Vierna.

Por su brillante conducta en la campaña de Melilla, se ha declarado pensionada la cruz blanca de 2.^a clase del Mérito Militar, concedida al coronel de Estado Mayor, nuestro distinguido paisano don Julio Ardanaz.

Imprenta de J. Martínez.—San Francisco, 15.—Santander

CORCHO HIJOS SANTANDER

MAQUINARIA, CALDERERÍA, FUNDICIÓN, BOMBAS.—REPARACIÓN DE BUQUES.—COCINAS, BAÑERAS Y LAVABOS.—PRESUPUESTOS Y CATÁLOGOS GRATIS.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

LA APARECIDA

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS

DE

JULIO OBESO GARCIA

PUENTE, 16

REINOSA

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

DESPACHO DE CARNES

HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.

EL FIEL CONTRASTE

CORTABITARTE Y QUEVEDO

Gran almacén de ultramarinos y ferretería

Despacho: San José, 25, Astillero (Santander)

AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA
Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

JOAQUIN MADRAZO Y C.

A Frente á la estación de los
Ferrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

RESTAURANT "EL CÁNTABRICO"

DE

Pedro Gómez Hernández

Hernán Cortés, 9. — SANTANDER

Es el mejor de la población.—Comida francesa y española.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos.—Hay habitaciones para los señores viajeros.

LIBRERÍA MODERNA

DE

MARIANO ALVIRA

Amós de Escalante, número 10
SANTANDER

Surtido de obras españolas y extranjeras. Centro de suscripciones á todos los periódicos y revistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

Corse "ENSA" Patente (brevet) n.º 47171



Unico corsé estético que, reuniendo todas las condiciones higiénicas, sostiene el abdomen sin comprimir los órganos del aparato respiratorio.

Es el más elegante y perfeccionado.—Unico representante en Santander: Santos Capa —San Francisco, 3.

✿ FARMACIA DE LA ALAMEDA ✿

A. LLOREN MAZO

* Aguas minerales. * Productos químicos. * Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. * Ortopedia, etc., etc. * * * * *

Alameda 1.ª, 6 y 8.—SANTANDER

Ramírez y J. Oruña

(SUCESTORES DE J. CORREA)

Primera casa en objetos de arte para regalos.—Camisería de lujo, guantes, géneros de punto.—Perfumería, abanicos, paraguas, bastones, corbatas, impermeables.—Completo surtido en artículos de piel y viaje de la más alta novedad.—Casa exclusiva para la venta del tan acreditado Aceite vegetal mexicano para volver el pelo á su primitivo color, y la maravillosa crema de almendras americana para el rostro, las manos, el cutis y la tez.

San Francisco, 11. - Teléfono 158. - SANTANDER

CAFÉ RESTAURANT DEL "ÁNCORA"

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5.—SANTANDER

Casa de primer orden.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial.—Gran terraza en los meses estivales.—Conciertos por reputados artistas.—Helados.—Teléfono nú mroi81.

MALA REAL INGLESA

SERVICIO MENSUAL  DE VAPORES

Próximas salidas de Santander

PARA MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

saldrá de Santander el día 17 de enero el magnífico vapor

PARANÁ

admitiendo carga y pasajeros de primera y segunda clase

Precio en tercera clase, 220 pesetas

El servicio corre á cargo de un escogido personal español de camareros y cocineros, con órdenes de atender esmeradamente al pasaje.

Para toda clase de informes dirigirse en Santander á Luis Maruri, Muelle, 31, quien los facilitará gratuitamente.

LA ECONÓMICA

FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molneda, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

CRAN FÁBRICA

DE

CHOCOLATES DE AGUIRRE



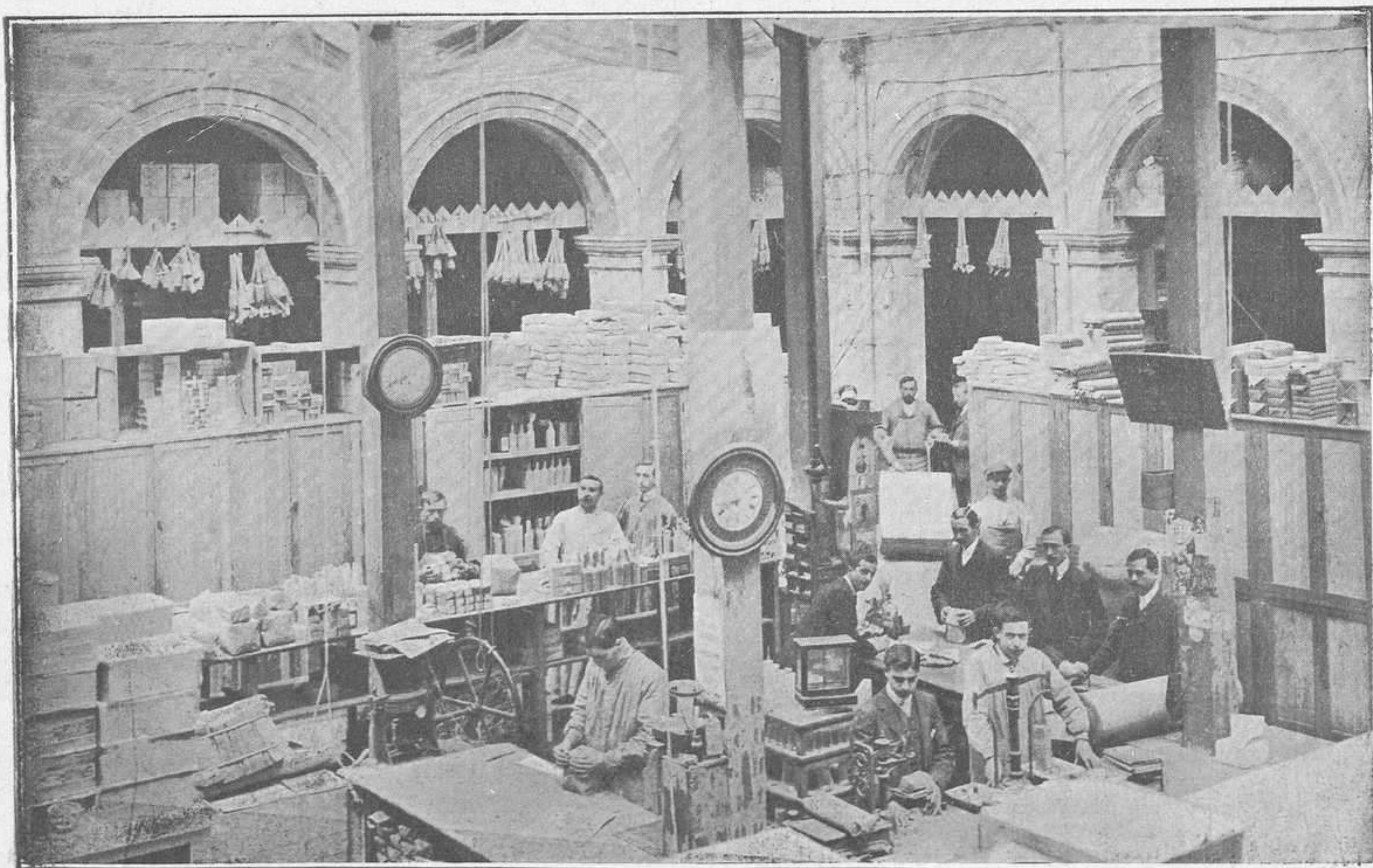
Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

COLEGIO "SAN ANTONIO"

Colosía, 1.—SANTANDER

Primera enseñanza graduada.—Preparación para el Magisterio.—Clases especiales para señoritas.—Clases de adorno, Francés, Dibujo, Pintura, Música.

Director: DON GREGORIO GONZÁLEZ, Maestro Superior



PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA.—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

Ladislao del Barrio

Méndez Núñez, núm. 20

** SANTANDER **

EL REY DE LOS
CEMENTOS

CEMENTO PORTLAND, EXTRA ÁGUILA

EL REY DE LOS
CEMENTOS

CAL HIDRÁULICA SUPERIOR DE ZUMAYA * INODOROS * BAÑERAS
YESOS * ESTUFAS * AZULEJOS * BALDOSAS * PRODUCTOS REFRACTARIOS

Méndez Núñez, 20. — SANTANDER

Manuel Arce Palacios.—Almacén de garbanzos, alubias de Herrera de varias clases, arroces, lentejas y demás legumbres.—Pimentón molido y frutas secas.—Plaza de la Libertad, 2, Arcos de Botín.

Reigadas, Sánchez y Comp.^a—Ribera, 7 y 8, Santander.—Ferretería, quincalla y herramientas de todas clases para artes y oficios.

Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.—Prado de Tántin.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

Hotel Restaurant El Antiguo.—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

La Zapita.—Lechería, proveedora del Sanatorio de Mardrazo.—Martillo, 2.

Compañía Santanderina de Navegación.—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

El Nuevo Altillo.—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios económicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católico), Santander.

Despacho de carnes.—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

Andrés Galarreta.—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

Ferretería.—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

La Compañía de Maderas.—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar.

Alfredo Rivero.—Sombrerería.—Gran surtido en los artículos del ramo.—Plaza de la Constitución, 4.

Motores, Dinamos, Transformadores.—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Mardrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa Clara, 11.—Teléfono número 216.

Anuncio en azulejo esmaltado.—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

MÉDICOS

Especialista en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º

Especialista en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º

PROCURADOR

Emilio López Bisbal.—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º

DESPACHO DE CARNES

DE

FERNANDO SANTOS

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite

DESPACHO DE CARNES

DE

MANUEL FERNÁNDEZ

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera.
Se sirve á domicilio.

HIERROS Y ACEROS laminados en todas las formas y dimensiones
TUBERÍAS de todas clases. — MADERAS DE FRANCIA
ACEROS y herramientas especiales para MINAS
CHAPÁS negras y galvanizadas, lisas y onduladas

Grandes existencias en los almacenes de

PEREDA Y LASTRA

Plazuela del Príncipe, número 1

SUCURSAL EN BÓO (ASTILLERO-GUARNIZO). TELÉFONO NÚMEROS 236 Y 1.513

ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1. — SANTANDER

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos y profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

NOVELAS

DE

REVISTA CÁNTABRA

En el número correspondiente al día 25 de febrero REVISTA CÁNTABRA publicará una interesante

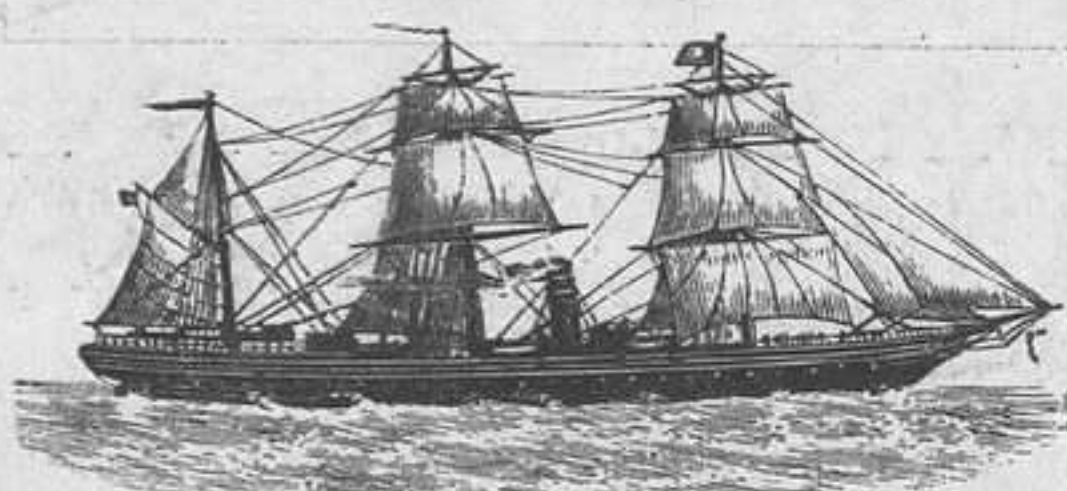
Novela de Carnaval,

escrita por FRANCISCO ARPIDE y JOSÉ MONTERO.

Precio de este número: 20 céntimos

Almanaque de REVISTA CANTABRA para 1911

Se publicará en breve, conteniendo numerosas caricaturas y trabajos de los más renombrados escritores montañeses.



VAPORES CORREOS
DE LA
COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE
SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES

Hijos de Angel Pérez y Comp.^a
Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES
"LA MONTAÑESA"
ASTILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8
Thés y cafés superiores, Bombones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD

LOS MEJORES DEL MUNDO

Representación y depósito exclusivo en España

CASA DOTESIO

Wad Ras, 7 (Plaza de Pombo) SANTANDER

* * * * * Música de todas las ediciones. * * Instrumentos
para bandas y orquestas. * * Pianos de las mejores mar-
cas. * * Armoniums para capillas. * * * * *